

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
AUSENCIA DEL **P**RESBÍTERO



PASCUA
CICLO **B**

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre

en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,

la comunión de los santos, el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. **Luego, si se juzga oportuno, añade:**

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiemos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
basta para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.
Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.
El que va a comulgar responde:
Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se

menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. **Después hecha la debida reverencia se retira.**





Domingo de Resurrección

Monición de entrada

El mensaje de la vigilia pascual, que la Iglesia ha proclamado y celebrado en el corazón de la noche, sigue animando el gozo de la Comunidad Cristiana en este día santísimo de la resurrección del Señor; la antifona de entrada de la misa de este día así lo afirma con toda claridad: *“es verdad que el Señor ha resucitado”* y por eso, en este día en el que nos reunimos en asamblea santa, damos gracias a Dios por la vida nueva que llega a nosotros por medio de su Hijo Jesucristo vencedor de la muerte.

Para que esta noticia buena lo sea para nosotros iniciamos la celebración reconociendo nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

— Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

— Tú. que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

— Tú. que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén.

Sigue el himno Gloria

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio



h, Dios, que en este día, vencida la muerte, nos has abierto las puertas de la eternidad por medio de tu Unigénito, concede, a quienes celebramos la solemnidad de la resurrección del Señor, que, renovados por su Espíritu, resucitemos a la luz de la vida.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

Después de la escucha de la Palabra de Dios, podemos fijarnos en tres cosas.

Primero: el anuncio. Ahí hay un anuncio: el Señor ha resucitado. Este anuncio que desde los primeros tiempos de los cristianos iba de boca en boca; era el saludo: el Señor ha resucitado. Y las mujeres, que fueron a unguir el cuerpo del Señor, se encontraron frente a una sorpresa. La sorpresa... Los anuncios de Dios son siempre sorpresas, porque nuestro Dios es el Dios de las sorpresas. Y así desde el inicio de la historia de la salvación, desde nuestro padre Abraham, Dios te sorprende: «Pero ve, ve, deja, vete de tu tierra». Y siempre hay una sorpresa detrás de la otra. Dios no sabe hacer un anuncio sin sorprendernos. Y la sorpresa es lo que te conmueve el corazón, lo que te toca precisamente allí, donde tú no lo esperas. Para decirlo un poco con un lenguaje de los jóvenes: la sorpresa es un golpe bajo; tú no te

lo esperas. Y Él va y te conmueve. Primero: el anuncio hecho sorpresa.

Segundo: la prisa. Las mujeres corren, van deprisa a decir: «¡Pero hemos encontrado esto!».

Las sorpresas de Dios nos ponen en camino, inmediatamente, sin esperar. Y así corren para ver. Y Pedro y Juan corren. Los pastores la noche de Navidad corren: «Vamos a Belén a ver lo que nos han dicho los ángeles». Y la Samaritana, corre para decir a su gente: «Esta es una novedad: he encontrado a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho». Y la gente sabía las cosas que ella había hecho. Y aquella gente, corre, deja lo que está haciendo, también la ama de casa deja las patatas en la cazuela —las encontrará quemadas— pero lo importante es ir, correr, para ver esa sorpresa, ese anuncio. También hoy sucede.

En nuestros barrios, en los pueblos cuando sucede algo extraordinario, la gente corre a ver. Ir deprisa. Andrés no perdió tiempo y fue deprisa donde Pedro a decirle: «Hemos encontrado al Mesías».

Las sorpresas, las buenas noticias, se dan siempre así: deprisa. En el Evangelio hay uno que se toma un poco de tiempo; no quiere arriesgar.

Pero el Señor es bueno, lo espera con amor, es Tomás. «Yo creeré cuando vea las llagas», dice. También el Señor tiene paciencia para aquellos que no van tan deprisa.

Tercero: una pregunta:

«¿Y yo qué? ¿Tengo el corazón abierto a las sorpresas de Dios? ¿Soy capaz de ir deprisa, o siempre con esa cantilena, “veré mañana, mañana”? ¿Qué me dice a mí la sorpresa?».

Juan y Pedro fueron deprisa al sepulcro. De Juan el Evangelio nos dice: «Creed». También Pedro: «Creed», pero a su modo, con la fe un poco mezclada con el remordimiento de haber negado al Señor. El anuncio causó sorpresa, la carrera/ir deprisa y la pregunta: ¿Y yo hoy en esta Pascua qué hago? ¿Tú, qué haces?

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos nuestras súplicas al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, cuya ternura y misericordia es eterna, y pidámosle que no abandone la obra de sus manos.

1. Por la Iglesia, empujada por el Espíritu al desierto de la Cuaresma; para que se vea fortalecida en la lucha contra las fuerzas del mal. **Roguemos al Señor.**

2. Por los jóvenes; para que el Señor suscite en ellos el deseo de seguirlo con radicalidad, sin egoísmos ni mediocridad. **Roguemos al Señor.**

3. Por nuestros gobernantes; para que procuren conservar la creación que Dios ha entregado a todos los hombres.

Roguemos al Señor.

4. Por los pecadores; para que puedan escuchar la palabra de aliento que necesitan y agarrarse a la mano amiga que los levante. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que podamos vivir la experiencia del encuentro con Dios en Cristo, creamos y nos convirtamos sinceramente. **Roguemos al Señor.**

Señor Dios, paciente y misericordioso, escucha nuestras súplicas y prepara nuestros corazones a escuchar a tu Hijo amado, para que, por medio de estos días de penitencia, alcancemos una verdadera conversión del corazón y renovemos nuestra alianza contigo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 8

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Se hace una breve pausa.

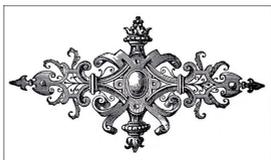
Oremos

Se hace una breve pausa.

Protege, oh Dios,
a tu Iglesia con misericordia perpetua,
para que, renovada por los sacramentos pascuales,
llegue a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx Amén.

Rito de conclusión pg. 18





II DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada

En pascua, la Iglesia confirma, renueva y alimenta su fe en Cristo resucitado. Gracias a la muerte y resurrección del Señor hemos recibido una vida nueva y por eso, hoy recordamos, como niños recién nacido, que *“el bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido”*. Nos purificamos de nuestros pecados, al inicio de esta celebración santa, reconociéndolos con humildad de corazón.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

— Tú, el Primogénito de entre los muertos:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte:

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio



Dios de misericordia infinita,
que reanimas, con el retorno anual
de las fiestas de Pascua,
la fe del pueblo a ti consagrado,
acrecienta en nosotros los dones de tu gracia,
para que todos comprendan mejor
qué bautismo nos ha purificado,
qué Espíritu nos ha hecho renacer
y qué sangre nos ha redimido.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

En el Evangelio de hoy aparece varias veces el verbo ver: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20,20); luego, dijeron a Tomás: «Hemos visto al Señor» (v. 25). Pero el Evangelio no describe al Resucitado ni cómo lo vieron; solo hace notar un detalle: «Les enseñó las manos y el costado» (v. 20). Es como si quisiera decirnos que los discípulos reconocieron a Jesús de ese modo: a través de sus llagas. Lo mismo sucedió a Tomás; también él quería ver «en sus manos la señal de los clavos» (v. 25) y después de haber visto creyó (v. 27).

¿Cómo podemos verlo? Como los discípulos, a través de sus llagas. Al mirarlas, ellos comprendieron que su amor no era una farsa y que los perdonaba, a pesar de que estuviera entre ellos quien lo renegó y quien lo abandonó. Entrar en sus llagas es contemplar el amor inmenso que brota de su corazón. Este es el camino. Es entender que su corazón palpita por mí, por ti, por cada uno de nosotros. Queridos hermanos y hermanas: Podemos considerarnos y llamarnos cristianos, y hablar de los grandes valores de la fe, pero, como los discípulos, necesitamos ver a Jesús tocando su amor. Solo así vamos al corazón de la fe y encontramos,

como los discípulos, una paz y una alegría (cf. vv. 19-20) que son más sólidas que cualquier duda.

Tomás, después de haber visto las llagas del Señor, exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Quisiera llamar la atención sobre este adjetivo que Tomás repite: mío. Es un adjetivo posesivo y, si reflexionamos, podría parecer fuera de lugar atribuirlo a Dios: ¿Cómo puede Dios ser mío? ¿Cómo puedo hacer mío al Omnipotente? En realidad, diciendo mío no profanamos a Dios, sino que honramos su misericordia, porque él es el que ha querido “hacerse nuestro”. Y como en una historia de amor, le decimos: “Te hiciste hombre por mí, moriste y resucitaste por mí, y entonces no eres solo Dios; eres mi Dios, eres mi vida. En ti he encontrado el amor que buscaba y mucho más de lo que jamás hubiera imaginado”.

¿Cómo saborear este amor, cómo tocar hoy con la mano la misericordia de Jesús? Nos lo sugiere el Evangelio, cuando pone en evidencia que la misma noche de Pascua (cf. v. 19), lo primero que hizo Jesús apenas resucitado fue dar el Espíritu para perdonar los pecados. Para experimentar el amor hay que pasar por allí: dejarse perdonar. Dejarse perdonar. Me pregunto a mí, y a cada uno de vosotros: ¿Me dejo perdonar? Para experimentar ese amor, se necesita pa-

sar por esto: ¿Me dejen perdonar? “Pero, Padre, ir a confesarse parece difícil...”, porque nos viene la tentación ante Dios de hacer como los discípulos en el Evangelio: atrincherarnos con las puertas cerradas. Ellos lo hacían por miedo y nosotros también tenemos miedo, vergüenza de abrirnos y decir los pecados. Que el Señor nos conceda la gracia de comprender la vergüenza, de no considerarla como una puerta cerrada, sino como el primer paso del encuentro. Cuando sentimos vergüenza, debemos estar agradecidos: quiere decir que no aceptamos el mal, y esto es bueno. La vergüenza es una invitación secreta del alma que necesita del Señor para vencer el mal. El drama está cuando no nos avergonzamos ya de nada. No tengamos miedo de sentir vergüenza. Pasemos de la vergüenza al perdón. No tengáis miedo de sentir vergüenza. No tengáis miedo.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oración de los fieles

En este día santísimo en que la fuerza del Espíritu nos crea como hombres nuevos a imagen de Cristo resucitado, y hace de todos nosotros un pueblo santo, elevemos nuestras plegarias para que la alegría pascual se extienda por todo el

mundo.

1. Por la Iglesia; para que cada día sea más consciente de ser el Cuerpo de Cristo, humillado en la cruz y glorificado en la resurrección. **Roguemos al Señor.**

2. Por todos los bautizados; para que en la aspersion de la sangre y del agua que brotan del costado abierto de Cristo, el Redentor, renueven la gracia de su nacimiento en el Espíritu. **Roguemos al Señor.**

3. Por toda la humanidad; para que se extienda por el mundo el alegre anuncio de que en Cristo se han hecho las paces del hombre con Dios, del hombre consigo mismo y del hombre con sus hermanos. **Roguemos al Señor.**

4. Por todos los difuntos; para que sean comensales del reino eterno, mientras esperan la resurrección de sus cuerpos al final de los tiempos. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros y nuestras familias; para que celebremos el acontecimiento pascual en sinceridad y verdad, y compartamos el don de la fe con los pobres y los que sufren. **Roguemos al Señor.**

Padre,
escucha nuestras oraciones
y concede a todos los cristianos
renovarse en el pensamiento y en las obras,

con la fe de quien se siente resucitado en el Bautismo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Se hace una breve pausa.

Te damos gracias, Señor, porque,
al participar en estos gloriosos misterios,
nos haces recibir ya en este mundo,
los bienes eternos del cielo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Rito de conclusión pg. 18



III DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada

La salvación llevada a cabo por la muerte y resurrección de Jesucristo posee una dimensión universal: no sólo ha sido salvado el hombre, toda la creación ha sido renovada e iluminada. La alegría de esta renovación universal la podemos saborear ya desde el principio en las palabras del salmo 99 *“Aclamad al Señor tierra entera”*.

Pero la verdadera alegría se encuentra en que hemos recobrado la adopción filial. Con este gozo nos presentamos ante el Señor siendo conscientes de que en nosotros todavía hay muchas oscuridades y pecados que ahora reconocemos.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

— Tú, que eres el sumo sacerdote de la nueva Alianza:
Señor, ten piedad. **Rx. Señor, ten piedad.**

— Tú, que nos edificas como piedras vivas en el templo santo de Dios: Cristo, ten piedad. **R̄. Cristo, ten piedad.**

— Tú, que has ascendido a la derecha del Padre para enviarnos el don del Espíritu:

Señor ten piedad. **R̄. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R̄. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.



ue tu pueblo, oh, Dios,
exulte siempre al verse renovado
y rejuvenecido en el espíritu,
para que todo el que se alegra ahora
de haber recobrado la gloria de la adopción filial,
ansíe el día de la resurrección
con la esperanza cierta de la felicidad eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟. Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En las lecturas bíblicas de la liturgia de hoy resuena dos veces la palabra «testigos». La primera vez es en los labios de Pedro: él, después de la curación del paralítico ante la puerta del templo de Jerusalén, exclama: «Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello» (*Hch 3, 15*). La segunda vez, en los labios de Jesús resucitado: Él, la tarde de Pascua, abre la mente de los discípulos al misterio de su muerte y resurrección y les dice: «Vosotros sois testigos de esto» (*Lc 24, 48*). Los apóstoles, que vieron con los propios ojos al Cristo resucitado, no podían callar su extraordinaria experiencia. Él se había mostrado a ellos para que la verdad de su resurrección llegara a todos mediante su testimonio. Y la Iglesia tiene la tarea de prolongar en el tiempo esta misión; cada bautizado está llamado a dar testimonio, con las palabras y con la vida, que Jesús ha resucitado, que Jesús

está vivo y presente en medio de nosotros. Todos nosotros estamos llamados a dar testimonio de que Jesús está vivo. Podemos preguntarnos: pero, ¿quién es el testigo? El testigo es uno que ha visto, que recuerda y cuenta. *Ver, recordar y contar* son los tres verbos que describen la identidad y la misión. El testigo es uno que *ha visto*, con ojo objetivo, ha visto una realidad, pero no con ojo indiferente; ha visto y se ha dejado involucrar por el acontecimiento. Por eso *recuerda*, no sólo porque sabe reconstruir de modo preciso los hechos sucedidos, sino también porque esos hechos le han hablado y él ha captado el sentido profundo. Entonces el testigo *cuenta*, no de manera fría y distante sino como uno que se ha dejado cuestionar y desde aquel día ha cambiado de vida. El testigo es uno que ha cambiado de vida.

El contenido del testimonio cristiano no es una teoría, no es una ideología o un complejo sistema de preceptos y prohibiciones o un moralismo, sino que es un mensaje de salvación, un acontecimiento concreto, es más, una Persona: es Cristo resucitado, viviente y único Salvador de todos. Él puede ser testimoniado por quienes han tenido una experiencia personal de Él, en la oración y en la Iglesia, a través de un camino que tiene su fundamento en el Bautismo, su alimento en la Eucaristía, su sello en la Confirmación, su

continua conversión en la Penitencia. Gracias a este camino, siempre guiado por la Palabra de Dios, cada cristiano puede transformarse en testigo de Jesús resucitado. Y su testimonio es mucho más creíble cuando más transparenta un modo de vivir evangélico, gozoso, valiente, humilde, pacífico, misericordioso. En cambio, si el cristiano se deja llevar por las comodidades, las vanidades, el egoísmo, si se convierte en sordo y ciego ante la petición de «resurrección» de tantos hermanos, ¿cómo podrá comunicar a Jesús vivo, como podrá comunicar la potencia liberadora de Jesús vivo y su ternura infinita?

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oración de los fieles

Elevemos ahora nuestras súplicas confiadas a Dios nuestro Padre, y pidámosle que nos enseñe a vivir como hijos de la luz.

1. Para que la Iglesia viva su fe en Dios y lo manifieste en el amor y compromiso con la humanidad entera.

Roguemos al Señor.

2. Para que Dios derrame en las familias cristianas el espíritu

de piedad y de renuncia a lo mundano, de manera que germinen abundantes vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa. **Roguemos al Señor.**

3. Para que los que tienen autoridad en el mundo trabajen para que todos los pueblos de la tierra vivan en paz, justicia, fraternidad y prosperidad. **Roguemos al Señor.**

4. Para que los que se encuentran en camino y todavía no han llegado a la fe descubran al Señor Jesús caminando junto a ellos, compartiendo su mismo pan, y sus corazones se llenen de alegría. **Roguemos al Señor.**

5. Para que Cristo encienda nuestro corazón con su palabra nos haga comprender el sentido actual que tiene su muerte y resurrección en nuestra vida. **Roguemos al Señor.**

Señor Dios, escucha las oraciones de tu Iglesia
y haz de nosotros signo y levadura
de una humanidad nueva, pacificada por tu amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio

Mira, Señor, con bondad a tu pueblo y,
ya que has querido renovarlo
con estos sacramentos de vida eterna,
concédele llegar a la incorruptible resurrección de la carne
que habrá de ser glorificada.
Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén

Rito de conclusión pg. 18





IV DOMINGO DE CUARESMA

Monición de entrada y acto penitencial

Iniciamos la asamblea dominical con las palabras del salmo 32 *“la misericordia del Señor llena la tierra”*. Esta misericordia se manifiesta en los profetas y en los salmos bajo la imagen entrañable del Pastor de Israel. Jesús, muerto y resucitado es el Buen Pastor. La Iglesia, su débil rebaño que pide tener parte en la admirable victoria de su Pastor. Por eso pedimos perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

— Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad. **℟. Señor, ten piedad.**

— Tú, que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo, ten piedad. **℟. Cristo, ten piedad.**

— Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

.Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.



Dios todopoderoso y eterno,
condúcenos a la asamblea gozosa del cielo,
para que la debilidad del rebaño

llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟. Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El cuarto domingo de Pascua —éste—, llamado «domingo del Buen Pastor», cada año nos invita a redescubrir, con estupor siempre nuevo, esta definición que Jesús dio de sí mismo, releyéndola a la luz de su pasión, muerte y resurrección. «El buen Pastor da su vida por las ove-

jas» (*Jn* 10, 11): estas palabras se realizaron plenamente cuando Cristo, obedeciendo libremente a la voluntad del Padre, se inmoló en la Cruz. Entonces se vuelve completamente claro qué significa que Él es «el buen Pastor»: da la vida, ofreció su vida en sacrificio por todos nosotros: por ti, por ti, por ti, por mí ¡por todos! ¡Y por ello es el buen Pastor!

Cristo es el Pastor verdadero, que realiza el modelo más alto de amor por el rebaño: Él *dispone* libremente de su propia vida, nadie se la quita (cf. v. 18), sino que la *dona* en favor de las ovejas (v. 17). En abierta oposición a los falsos pastores, Jesús se presenta como el verdadero y único Pastor del pueblo: el pastor malo piensa en sí mismo y explota a las ovejas; el buen pastor piensa en las ovejas y se dona a sí mismo. A diferencia del mercenario, Cristo Pastor es un guía atento que participa en la vida de su rebaño, no busca otro interés, no tiene otra ambición que la de guiar, alimentar y proteger a sus ovejas. Y todo esto al precio más alto, el del sacrificio de su propia vida.

En la figura de Jesús, Pastor bueno, contemplamos a la Providencia de Dios, su solicitud paternal por cada uno de nosotros. ¡No nos deja solos! La consecuencia de esta contemplación de Jesús, Pastor verdadero y bueno, es la exclamación de conmovido estupor que encontramos en la segunda Lectura de la liturgia de hoy: «Mirad qué amor nos ha

tenido el Padre...» (1 Jn 3, 1). Es verdaderamente un amor sorprendente y misterioso, porque donándonos a Jesús como Pastor que da la vida por nosotros, el Padre nos ha dado lo más grande y precioso que nos podía donar. Es el amor más alto y más puro, porque no está motivado por ninguna necesidad, no está condicionado por ningún cálculo, no está atraído por ningún interesado deseo de intercambio. Ante este amor de Dios, experimentamos una alegría inmensa y nos abrimos al reconocimiento por lo que hemos recibido gratuitamente.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Pidamos ahora a Dios Padre que el poder de Jesús Resucitado se manifieste en su Iglesia, y en cuanto hoy queremos pedirle con fe.

1. Por la Iglesia; para que en este tiempo de gozo pueda reconocer en sus pastores la presencia viva y misteriosa de Cristo, único Pastor universal. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones a los diversos estados de la vida cristiana; y para que nunca falten sacerdotes que transmitan el mensaje liberador de Jesús desde un compromiso radical con la verdad. **Roguemos al Señor.**
3. Por los gobernantes; para que sirvan a sus pueblos con

generosa dedicación, de forma que todos vivamos como hermanos y como hijos de Dios. **Roguemos al Señor.**

4. Por los enfermos, los pobres, y todos los que sufren; para que en Cristo resucitado encuentren luz y esperanza. Roguemos al Señor.

5. Por nosotros y por nuestros familiares y amigos; para que la vida de Jesús se manifieste en las nuestras y todos nos sintamos responsables de la solicitud pastoral de la Iglesia. Roguemos al Señor.

Dios nuestro y Padre todopoderoso,
reúne en una sola familia a los hombres
dispersos por el pecado y haz que,
uniéndose a Cristo, el Buen Pastor,
experimenten la alegría de pertenecer a tu rebaño.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Rx. Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio

Pastor bueno,
vela compasivo sobre tu rebaño
y conduce a los pastos eternos
a las ovejas que has redimido
con la sangre preciosa de tu Hijo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
℟. Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Oh Dios, luz que alumbras a todo hombre
que viene a este mundo,
ilumina nuestros corazones con la claridad de tu gracia,
para que seamos capaces de pensar siempre,
y de amar con sinceridad,
lo que es digno y grato a tu grandeza.
Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén

Rito de conclusión pg. 18



V DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada y acto penitencial.

“Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas” Con estas palabras tomadas del salmo 97 iniciamos hoy la celebración. La gran maravilla es que podamos abandonar nuestra antigua vida de pecado y vivir desde ahora la vida propia de los hijos de Dios. Pero lo que impide que vivamos esta novedad es el pecado que, con facilidad, enraíza en nuestros corazones de ahí que, humildemente lo reconozcamos.

Se hace un breve silencio.

Siguen las siguientes invocaciones.

— Tú, el Primogénito de entre los muertos:

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte :

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.



Dios todopoderoso y eterno,
lleva a su pleno cumplimiento en nosotros
el Misterio pascual, para que, quienes,
por tu bondad, han sido renovados en el santo bautismo,
den frutos abundantes con tu ayuda y protección
y lleguen a los gozos de la vida eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

HOMILIA

En este tiempo pascual, la Palabra de Dios continúa indicándonos estilos de vida coherentes para ser la comunidad del Resucitado. Entre estos, el Evangelio de hoy presen-

ta el mandato de Jesús: «Permaneced en mi amor» (Juan 15, 9): permanecer en el amor de Jesús. Habitar en la corriente del amor de Dios, tomar demora estable, es la condición para hacer que nuestro amor no pierda por el camino su ardor y su audacia. También nosotros, como Jesús y en Él, debemos acoger con gratitud el amor que viene del Padre y permanecer en este amor, tratando de no separarnos con el egoísmo y el pecado. Es un programa arduo pero no imposible.

Primero es importante tomar conciencia de que el amor de Cristo no es un sentimiento superficial, no, es una actitud fundamental del corazón, que se manifiesta en el vivir como Él quiere. Jesús, de hecho, afirma: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (v. 10). El amor se realiza en la vida de cada día, en las actitudes, en las acciones; de otra manera es solamente algo ilusorio. Son palabras, palabras, palabras: eso no es el amor. El amor es concreto, cada día. Jesús nos pide cumplir sus mandamientos, que se resumen en esto: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (v. 12).

¿Cómo hacer para que este amor que el Señor resucitado nos dona pueda ser compartido por los demás? En más de una ocasión Jesús ha indicado quién es el otro a quien hay que amar, no con palabras, sino con los hechos.

Es aquel que encuentro en mi camino y que, con su rostro y su historia, me interpela; es aquel que, con su misma presencia, me impulsa a salir de mis intereses y de mis seguridades; es aquel que espera mi disponibilidad a escuchar y a hacer una parte de camino juntos. Disponibilidad hacia cada hermano y hermana, sea quien sea y en cualquier situación que se encuentre, empezando por quien está cerca de mí en la familia, en la comunidad, en el trabajo, en la escuela... De esta manera, yo permanezco unido a Jesús, su amor puede alcanzar al otro y atraerlo a sí, a su amistad. Y este amor por los demás no se puede reservar a momentos excepcionales, sino que se debe convertir en la constante de nuestra existencia. Es por esto que somos llamados, por ejemplo, a cuidar de los ancianos como un tesoro precioso y con amor, incluso si crean problemas económicos y dificultades, pero debemos cuidarlos. Es por esto que a los enfermos, también si están en la última etapa, debemos dar toda la asistencia posible. Por eso los no nacidos deben ser siempre acogidos; por esto, en definitiva, la vida debe ser siempre tutelada desde la concepción hasta su ocaso natural. Y esto es amor. Nosotros somos amados por Dios en Jesucristo, que nos pide amarnos como Él nos ama. Pero eso no podemos hacerlo si no tenemos en nosotros su mismo Corazón.

La eucaristía, a la cual estamos llamados a participar

cada domingo, tiene el fin de formar en nosotros el Corazón de Cristo, de tal forma que toda nuestra vida sea guiada por sus actitudes generosas. Que la Virgen María nos ayude a permanecer en el amor de Jesús y a crecer en el amor hacia todos, especialmente los más débiles, para corresponder plenamente a nuestra vocación cristiana.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos ahora confiadamente al Señor.

1. Por la Iglesia; para que, animada por el Espíritu Santo, progrese en la fidelidad a Cristo y a los hombres de nuestro tiempo y dé fruto abundante. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que Dios llame a muchos a su servicio, que se ocupen de la comunidad y no busquen ni permitan privilegios.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestros gobernantes; para que se esfuercen por garantizar la justicia, promover la paz y trabajar por el bienestar de todos. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que se sienten fracasados, indefensos, incapaces de remediar ellos mismos sus males; para que encuentren

la ayuda en la solidaridad de todos. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros; para que aprendamos a amarnos con obras y según verdad, y así permanezcamos unidos a Cristo, como los sarmientos a la vida, **roguemos al Señor.**

Dios nuestro,
escucha nuestra oración y danos tu Espíritu Santo,
para que, amándonos los unos a los otros,
demos frutos abundantes de santidad y de paz.
Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Asiste, Señor, a tu pueblo
y haz que pasemos del antiguo pecado a la vida nueva
los que hemos sido alimentados
con los sacramentos del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Rito de conclusión pg. 18



VI DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada y acto penitencial.

Anunciadlo con gritos de júbilo, publicadlo y proclamadlo hasta el confín de la tierra. Decid: «El Señor ha rescatado a su pueblo». Son palabras del profeta Isaías con las que iniciamos hoy la celebración. De ahí que, nuestras reuniones dominicales no pueden quedarse en una mera costumbre guiada por la inercia, sino que han de actuar como fermento en nuestra sociedad y deben manifestarse en nuestras obras.

Pero como no siempre obras así lo reconocemos al inicio de esta celebración.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Siguen las siguientes invocaciones.

— Tú, el primogénito de entre los muertos.

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte:

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso,
concédenos continuar celebrando con fervor sincero
estos días de alegría en honor del Señor resucitado,
para que manifestemos siempre en las obras
lo que repasamos en el recuerdo
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Rx. Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

«Dios es amor», ha recordado el apóstol Juan. Es amor

porque es «comuni3n» que une al Padre, al Hijo y al Esp3ritu Santo en la vida trinitaria. Es amor porque es «don». El amor de Dios, en efecto, no permanece cerrado en s3 mismo, sino que se difunde y llega al coraz3n de todos los que ha creado, llam3ndolos a ser sus hijos.

El amor de Dios es un amor gratuito, que antecede la espera y la necesidad del hombre. «No fuimos nosotros a amar a Dios, sino que 3l nos am3.» **Nos am3 primero, 3l tom3 la iniciativa.** Esta es la gran verdad que ilumina y explica todo lo que Dios ha hecho y conseguido en la historia de la salvaci3n.

El amor de Dios, por otra parte, **no est3 reservado a algunos**, unos pocos, sino que quiere abrazar a todos, invit3ndolos a ser una sola familia. El ap3stol Pedro dice lo mismo en su discurso de evangelizaci3n que tuvo lugar en la casa del centuri3n Cornelio, donde se encontraban muchas personas: Dios – dice – «no hace acepci3n de personas, sino el que le teme y practica la justicia, perteneciendo al pueblo que pertenezca, es aceptable a 3l».

El amor de Dios por la humanidad no conoce fronteras, no se detiene delante de alguna barrera de raza o cultura: es universal, es para todos. **Pide s3lo disponibilidad y acogida**; s3lo exige un terreno humano para fecundar, hecho de conciencia honesta y buena voluntad.

Es, finalmente, **un amor concreto** hecho de palabras y gestos que llegan al hombre en diferentes situaciones, incluidas las de sufrimiento y de opresi3n, porque **es amor**

que libera y salva, ofreciendo amistad y creando comunión. Todo esto por la fuerza del don del Espíritu, derramado como don de amor en los corazones de los creyentes, para que puedan glorificar a Dios y proclamar sus maravillas a todos los pueblos.

De la contemplación del amor de Dios viene la **necesidad de una respuesta**, de un compromiso. ¿Cuál? Es un deber preguntárselo. Y la palabra de Dios, apenas escuchada, colma nuestras expectativas. Se requiere antes que nada **que el hombre se deje amar por Dios**. Esto sucede cuando se cree en su amor y se lo toma en serio, aceptando el don en la propia vida para dejarse transformar y moldear por él, especialmente en las relaciones de solidaridad y fraternidad que unen a los hombres unos con otros.

Jesucristo, en efecto, pide a aquellos que han sido alcanzados por el amor del Padre amarse unos con otros y amar a todos como Él los amó. La originalidad y la novedad de su mandamiento residen precisamente en aquel «como», que dice gratuidad, apertura universal, concreción en palabras y gestos verdaderos, capacidad de donación hasta al supremo sacrificio de sí mismos. De esta manera, su vida puede difundirse, transformar el corazón humano y hacer de todos los hombres de una comunidad reunida en su amor.

Jesús pide a sus seguidores que permanezcan en su amor, es decir, que vivan permanentemente en comunión con él, en una relación constante de amistad y de diálogo. Y

esto para gustar de la alegría plena, para encontrar la fuerza para observar sus mandamientos y, finalmente, para producir frutos de justicia y de paz, de santidad y de servicio.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Alegres por la resurrección de Jesucristo, y con la confianza puesta en Él, oremos a Dios nuestro Padre.

1. Por todos los que tienen alguna responsabilidad en la Iglesia; para que permanezcan atentos y dóciles a las llamadas imprevisibles del Espíritu Santo. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones sacerdotales y religiosas; para que el Espíritu Santo se derrame abundantemente sobre los llamados por Dios, y los haga testigos valientes del Evangelio.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestros gobernantes y cuantos ejercen autoridad en el mundo; para que trabajen porque exista entendimiento entre todos los hombres, naciones y razas.

Roguemos al Señor.

4. Por todos los que sufren; para que la alegría de Cristo resucitado esté con ellos y su alegría llegue a plenitud. Roguemos al Señor.

5. Por nosotros, amigos y amados de Dios; para que, amándonos unos a otros como Cristo nos ha amado, demos testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.

Señor Dios nuestro,
que has sido el primero en amarnos,
enviándonos a tu Hijo, para que vivamos por medio de Él,
escucha nuestra oración y haz que,
llenos del Espíritu Santo,
aprendamos a amarnos los unos a los otros
como Cristo nos ha amado.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Dios todopoderoso y eterno,
que en la resurrección de Jesucristo
nos has renovado para la vida eterna,
multiplica en nosotros los frutos del Misterio pascual e infunde en nuestros corazones
la fortaleza del alimento de salvación.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R.Amén

Rito de conclusión pg. 18





VII DOMINGO DE PASCUA

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Monición de entrada y acto penitencial.

La Comunidad Cristiana en este día celebra la glorificación de Cristo; su ascensión a los cielo y anuncia, de igual modo, su retorno: *“Volverá como lo habéis visto marcharse”*. Es una como una especie de puente entre la resurrección y su última venida. Desde su resurrección Cristo tiene un cuerpo glorioso, visible, aunque distinto al nuestro. Ascensión no significa separación, ni ausencia. Es la consumación del triunfo de Jesús, pero es, de igual modo, nuestra victoria que el pecado la hace fracasar; por eso lo reconocemos al inicio de estos misterios santos.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:
Siguen las siguientes invocaciones.

–Tú, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Señor, ten piedad. **Rx. Señor, ten piedad.**

–Tú, que enviaste a tus apóstoles a anunciar el mensaje del Evangelio a todo el mundo.

Cristo, ten piedad. **Rx. Cristo, ten piedad.**

–Tú, que haces de nosotros testigos de tu amor.

Señor, ten piedad. **Rx. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso,
concédenos exultar santamente de gozo
y alegrarnos con religiosa acción de gracias,
porque la ascensión de Jesucristo, tu Hijo,
es ya nuestra victoria,
y adonde ya se ha adelantado
gloriosamente nuestra Cabeza,
esperamos llegar también los miembros de su cuerpo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

R. Amén

O bien:

Dios todopoderoso,
concédenos habitar espiritualmente
en las moradas celestiales a cuantos creemos
que tu Unigénito y Redentor nuestro
ascendió hoy a la gloria.
Él, que vive y reina contigo.

R. Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Hoy se celebra la solemnidad de la Ascensión del Se-

ñor. Esta fiesta contiene dos elementos. Por una parte, la Ascensión orienta nuestra mirada al cielo, donde Jesús glorificado se sienta a la derecha de Dios (cf. *Mateo* 16, 19). Por otra parte, nos recuerda el inicio de la misión de la Iglesia: ¿Por qué? Porque Jesús resucitado ha subido al cielo y manda a sus discípulos a difundir el Evangelio en todo el mundo. Por lo tanto, la Ascensión nos exhorta a levantar la mirada al cielo, para después dirigirla inmediatamente a la tierra, llevando adelante las tareas que el Señor resucitado nos confía.

Es lo que nos invita a hacer la página del día del Evangelio, en la que el evento de la Ascensión viene inmediatamente después de la misión que Jesús confía a sus discípulos. Una misión sin confines, —es decir, literalmente sin límites— que supera las fuerzas humanas. Jesús, de hecho dice: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Marcos* 16, 15). Parece de verdad demasiado audaz el encargo que Jesús confía a un pequeño grupo de hombres sencillos y sin grandes capacidades intelectuales. Sin embargo, esta reducida compañía, irrelevante frente a las grandes potencias del mundo, es invitada a llevar el mensaje de amor y de misericordia de Jesús a cada rincón de la tierra. Pero este proyecto de Dios puede ser realizado solo con la fuerza que Dios mismo concede a los

apóstoles. En ese sentido, Jesús les asegura que su misión será sostenida por el Espíritu Santo. Y dice así: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (*Hechos de los apóstoles 1, 8*). Así que esta misión pudo realizarse y los apóstoles iniciaron esta obra, que después fue continuada por sus sucesores.

La misión confiada por Jesús a los apóstoles ha proseguido a través de los siglos, y prosigue todavía hoy: requiere la colaboración de todos nosotros. Cada uno, en efecto, por el bautismo que ha recibido está habilitado por su parte para anunciar el Evangelio La Ascensión del Señor al cielo, mientras inaugura una nueva forma de presencia de Jesús en medio de nosotros, nos pide que tengamos ojos y corazón para encontrarlo, para servirlo y para testimoniarlo a los demás. Se trata de ser hombres y mujeres de la Ascensión, es decir, buscadores de Cristo a lo largo de los caminos de nuestro tiempo, llevando su palabra de salvación hasta los confines de la tierra. En este itinerario encontramos a Cristo mismo en nuestros hermanos, especialmente en los más pobres, en aquellos que sufren en carne propia la dura y mortificante experiencia de las viejas y nuevas pobreza. Como al inicio Cristo Resucitado envió a sus discípulos con la fuerza del Espíritu Santo, así hoy Él nos envía a todos no-

sotros, con la misma fuerza, para poner signos concretos y visibles de esperanza. Porque Jesús nos da la esperanza, se fue al cielo y abrió las puertas del cielo y la esperanza de que lleguemos allí.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora, hermanos, nuestras súplicas confiadas a Dios Padre, y pongamos nuestra mirada en Jesucristo, nuestro gran sacerdote, que ha atravesado el cielo para interceder por nosotros.

1. Para que Cristo, desde el trono de su gloria, venga en ayuda de su Iglesia que lucha en medio de las dificultades del mundo, y no permita que sus fieles se dejen engañar por los bienes de la tierra. **Roguemos al Señor.**

2. Para que Cristo, sumo sacerdote de nuestro Dios, suscite abundantes y santas vocaciones al ministerio ordenado para el servicio de nuestra diócesis. **Roguemos al Señor.**

3. Para que Cristo, Rey de cielos y tierra, que está por encima de todo principado, potestad y dominación, inspire a los que gobiernan las naciones sentimientos de paz y de justicia. **Roguemos al Señor.**

4. Para que Jesús, el Señor, que con su triunfo ha glorificado nuestra carne, colocándola cerca de Dios Padre, llene de esperanza a los que sufren enfermedades en el cuerpo o angustias en el espíritu. **Roguemos al Señor.**

5. Para que Cristo, el Señor elevado al cielo, nos envíe el Espíritu Santo, para que nos enseñe a amar los bienes de arriba y a no dejarnos cautivar por las cosas de este mundo.

Roguemos al Señor.

Dios, Padre todopoderoso,
que has resucitado a Cristo, tu Hijo,
y lo has hecho Señor del universo,
reconoce la voz de tu amado en las oraciones de la Iglesia
y concédenos lo que, con fe, te hemos pedido.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Rx. Amén

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

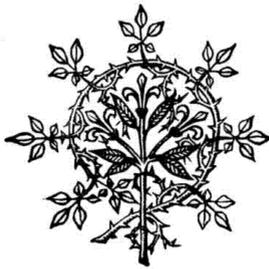
Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso y eterno,
que, mientras vivimos aún en la tierra,
nos concedes gustar los divinos misterios,
te rogamos que el afecto de nuestra piedad cristiana

se dirija allí donde nuestra condición humana está contigo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO DE PENTECOSTÉS

La Comunidad Cristiana en este día del Señor pide la manifestación del Espíritu “*sobre todos los confines de la tierra*” y que no deje de realizar ahora en el corazón de los fieles las mismas maravillas que se realizaron en el primer Pentecostés. Para que nosotros también podamos quedar llenos del Santo Espíritu y así hablar de las maravillas de Dios, reconocemos nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Siguen las siguientes invocaciones.

–Tú que has triunfado de la muerte. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

–Tú que has vencido el mal.

–Tú que eres el dueño absoluto de la creación.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.



h, Dios,

que por el misterio de esta fiesta

santificas a toda tu Iglesia

en medio de los pueblos y de las naciones,

derrama los dones de tu Espíritu

sobre todos los confines de la tierra

y realiza ahora también,

en el corazón de tus fieles,

aquellas maravillas que te dignaste hacer

en los comienzos de la predicación evangélica.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

Rx. Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En la fiesta de hoy de Pentecostés culmina el tiempo pascual, centrado en la muerte y resurrección de Jesús. Esta solemnidad nos hace recordar y revivir el derramamiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles y los demás discípulos, reunidos en oración con la Virgen María en el Cenáculo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 1-11). Aquel día se inició la historia de la santidad cristiana, porque el Espíritu Santo es la fuente de la santidad, que no es el privilegio de unos pocos, sino la vocación de todos. Por el bautismo, de hecho, estamos todos llamados a participar en la misma vida divina de Cristo y con la confirmación, a convertirnos en testigos suyos en el mundo.

«El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios» (Exhort. ap. *Gaudete et exultate*, 6). «Dios quería santificar y salvar a los hombres, no individualmente y sin ninguna conexión entre ellos, sino que quiere convertirlos en un pueblo, reconociéndolo según la verdad y servirlo en santidad» (Cost. Dogm. *Lumen gen-*

tium, 9).

Ya por medio de los antiguos profetas el Señor había anunciado al pueblo este designio suyo. Ezequiel: «Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. [...] Vosotros seréis mi pueblo yo seré vuestro Dios» (36, 27-28). El profeta Joel: «Yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos e hijas profetizarán. [...] Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. [...] Todo el que invoque el nombre de Yahveh será salvo» (3, 1-2.5). Y todas estas profecías se realizan en Jesucristo, «mediador y garante de la efusión perenne del Espíritu» (*Misal Romano*, Prefacio después de la Ascensión). Y hoy es la fiesta de la efusión del Espíritu.

Desde aquel día de Pentecostés, y hasta el fin de los tiempos, esta santidad, cuya plenitud es Cristo, se entrega a todos aquellos que se abren a la acción del Espíritu Santo, y se esfuerzan en serle dóciles. Es el Espíritu el que hace experimentar una alegría plena. El Espíritu Santo, viniendo a nosotros, vence la sequedad, abre los corazones a la esperanza, estimula y favorece la maduración interna en la relación con Dios y el prójimo. Es lo que dice san Pablo: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de

sí» (*Gálatas* 5, 22). Todo esto hace el Espíritu en nosotros. Por eso, hoy festejamos esta riqueza que el Padre nos da. Pidamos a la Virgen María que obtenga hoy un Pentecostés renovado para la Iglesia, una renovada juventud que nos dé la alegría de vivir y testimoniar el Evangelio e «infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios»

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Queridos hermanos; oremos a Dios Padre, que por la muerte y resurrección de su Hijo nos ha dado el Espíritu Santo que ora con nosotros y dentro de nosotros.

1. Por la Iglesia, extendida por toda la tierra; para que impulsada por el Espíritu Santo, permanezca atenta a lo que sucede en el mundo, haga suyos los sufrimientos, alegrías y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo, intuya los signos caritativos que debe realizar y así pueda iluminarlo todo con la luz del Evangelio. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones; para que el Espíritu Santo suscite en el seno de la Iglesia vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras que den fe de la salvación universal.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestro mundo de hoy, sujeto a cambios profundos y rápidos; para que el Espíritu Santo, que abarca la historia humana, promueva la esperanza de un futuro mejor y vislumbremos el gran día de Jesucristo. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que son víctimas de la debilidad humana, de los extravíos de su propio espíritu o de los errores del mundo; para que el Espíritu Santo los lleve por las sendas del bien y de la verdad. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que, iluminados y fortalecidos por el Espíritu Santo, demos testimonio de nuestra fe. **Roguemos al Señor.**

Escucha, Señor, las oraciones de tu pueblo
y haz que quienes nos disponemos a clausurar,
con la solemnidad de Pentecostés,
las fiestas pascuales,
renovados y fortalecidos por tu Espíritu,
vivamos continuamente la novedad pascual
y lleguemos también a las fiestas de la Pascua eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Oh, Dios,
que has comunicado a tu Iglesia los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén

Rito de conclusión pg. 18



CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-PASCUA

Canto de entrada

Cristo resucitó	CLN
Nuestra pascua inolada	CLN 203
Acuérdate de Jesucristo	CLN 202

Canto de comunión

Te conocimos Señor	CLN 025
Donde hay caridad y amor	CLN 026
Quédate con nosotros	CLN 029

CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-PENTECOSTÉS

Canto de entrada

Oh Señor, envía tú Espíritu	CLN 252
-----------------------------	---------

Canto de comunión

Te conocimos Señor	CLN 025
--------------------	---------



ARZOBISPADO
OVIEDO

Delegación Episcopal de Liturgia